

Trabajo Fin de Grado

La Revolución francesa y el Terror. Historiografía y Contrarrevolución.

Autor/es

Pablo Sancho Alegre

Director/es

Pedro Víctor Rújula López

Facultad de Filosofía y Letras

2020

ÍNDICE

1. Introducción	7
2. Metodología	9
3. Estado de la cuestión	11
4. Hipótesis de trabajo	13
5. La Revolución francesa. Historiografía y contrarrevolución	15
6. El Terror y la violencia	25
7. El Terror y la historiografía	35
8. Conclusiones	43
9. Bibliografía	47

Resumen

Análisis de las implicaciones que tuvo la época denominada como el Terror en la Revolución francesa. Primero, a través de una pequeña inmersión en la historiografía más general del proceso revolucionario, introduciremos las distintas visiones que existen de la Revolución, para más tarde ir acotando el área de trabajo hasta acabar centrándonos específicamente en aquellas relacionadas con el Terror y la violencia.

Palabras clave

Revolución francesa, revolución, Terror, historiografía, contrarrevolución, violencia.

1. INTRODUCCIÓN

La motivación que me lleva a construir un trabajo de fin de grado en torno al Terror y la Revolución francesa es su candente actualidad. Aunque en el imaginario colectivo quede muy lejana, debido a que han pasado 231 años, la Revolución francesa sigue influyendo nuestro presente. Esto se debe a que los acontecimientos que en ella sucedieron fueron tan importantes, violentos y repentinos al mismo tiempo que marcaron a muchísimas generaciones, llegando a nuestro tiempo como un acontecimiento fundador. Es un hecho manifiesto que, la sociedad en la que vivimos sería muy diferente si el movimiento revolucionario francés no hubiese sucedido, no sabemos si mejor o peor, o si tan si quiera estamos ante algo que se pueda medir de esta forma, pero lo que sí sabemos es que no sería igual. Con Luis XVI cayeron la concepción del derecho divino y el Antiguo Régimen, su desgracia dio luz al nacimiento de los derechos individuales y a un nuevo tiempo en la era del Hombre: la Edad Contemporánea.

Dos necesidades gravitan sobre las revoluciones: la del cambio y la de la violencia¹. Analizaremos cómo el uso de la violencia por parte de la Convención pudo distorsionar un acontecimiento, a todas luces, tan magnífico como la Revolución francesa. La violencia y sus efectos trascienden el espacio y el tiempo, es vital estudiarla para poder entender la Revolución, en este trabajo pretendo analizar de dónde surge esa violencia y si supuso una ruptura del movimiento revolucionario en dos partes. Además, para conseguir nuestro objetivo, examinaremos las corrientes historiográficas que, desde el siglo XIX, observan la Revolución francesa y la época denominada como el Terror. Así, atisbaremos el nacimiento de diferentes corrientes situadas a la izquierda o derecha del espectro político según, evidentemente, quien analice estos acontecimientos. Historiográficamente hablando, nos centraremos, sobre todo en el punto 5, en el potente

¹ Soboul, A. (1987b: 20).

movimiento contrarrevolucionario que surge tras el nacimiento de la Revolución en 1789. Me quiero detener en él porque debido a su gran fuerza e influencia, la historiografía, a la que llamaremos radical, tiene que responder a través de autores de la talla de Michel Vovelle, Soboul, Georges Lefebvre y Albert Mathiez, entre muchos otros, creando una “batalla” historiográfica de lo más rica intelectualmente. Con el paso del tiempo, el enfrentamiento historiográfico fue subiendo de tono. Un hito fue cuando Furet atacó violentamente a Soboul en *Le catéchisme révolutionnaire*². Esta disputa historiográfica e ideológica sigue presente en nuestro tiempo y seguirá hasta que la Revolución sea “sustituida” por otro acontecimiento que levante tales pasiones y que, unos y otros se intenten llevar a su campo para reforzar sus argumentaciones. Además de que como sabemos, doscientos años sobre el papel parecen muchos, pero los cambios superestructurales que provocó la Revolución francesa siguen muy vigentes en nuestra época, y perdurarán muchos más.

² Vázquez de Prada, M. (2015: 514).

2. METODOLOGÍA

Para construir este trabajo de fin de grado he realizado una extensa revisión bibliográfica de varias fuentes primarias y secundarias, encontradas tanto en volúmenes escritos como en fuentes electrónicas. A través de estos recursos escritos y electrónicos he intentado resumir y contextualizar, de la forma más precisa posible, la máxima cantidad de información y fuentes, tanto radicales como conservadoras, para así poder mostrar todas las opiniones y posturas acerca de la Revolución francesa y la época conocida como el Terror. Estas fuentes han sido obtenidas, en su mayoría, de la Biblioteca María Moliner de Zaragoza. Las obras que más he utilizado en este trabajo han sido los diccionarios de Jean Tulard, Jean-François Fayard y Alfred Fierros, y el de François Furet y Mona Ozouf. Pero, la idea de hacer este trabajo surgió tras la lectura de *Las Furias. Violencia y terror en las revoluciones francesa y rusa* de Arno J. Mayer, por lo que ha tenido también una importancia definitiva en la construcción de este trabajo académico. Tras estos, hay que destacar otros dos libros: *La Revolución Francesa (Una nueva historia)* de Jean-Clément Martin y *El Terror en la Revolución Francesa* de Timothy Tackett. No me olvidé de mencionar las *Reflexiones sobre la Revolución Francesa* de Edmund Burke, *La Revolución Francesa: Principios ideológicos y Protagonistas Colectivos* de Albert Soboul, *Comprender la Revolución Francesa*, también, de A. Soboul, *Pensar la Revolución Francesa* de François Furet, *La Mentalidad Revolucionaria* de Michel Vovelle, *La Revolución Francesa* de François Furet y Denis Richet y el *Vocabulario Básico de la Revolución Francesa* de Michel Péronnet, entre otros. Además del análisis de trabajos encontrados en la red y citados en la bibliografía como: *Conmemorando la Revolución Francesa*³, *The Belief in Immortality and the Worship of the Dead*⁴, *Historias de la Revolución Francesa:*

³ Morales Moya, A. (1995).

⁴ George Frazer, J. (2015).

Avances científicos y visiones ideológicas en los siglos XIX y XX⁵.y A vueltas con la Revolución francesa. Viejos debates y nuevas propuestas⁶, etc.

A partir de la lectura y la investigación de estas fuentes documentales he extraído y organizado la información de la mejor forma para construir un trabajo académico lo más estructurado, claro y conciso posible.

⁵ del Río Aldaz, A.R. (2009).

⁶ Vázquez de Prada, M. (2015).

3. ESTADO DE LA CUESTIÓN

Acerca de la Revolución francesa y el Terror en concreto, como hemos visto en la introducción, las investigaciones nunca se detienen, debido, en parte, a que son acontecimientos que calaron y cambiaron tan profundamente la sociedad y la forma en la que las personas se relacionaban dentro de ella, que nunca dejan de estar de actualidad. Resumir las causas de la revolución francesa o el Terror de una forma totalmente precisa es tarea casi imposible en un trabajo de estas características, dada la constante revisión historiográfica y el importante debate intelectual alrededor de este tema. Tras la explosión de actividad historiográfica que supuso el bicentenario de la Revolución francesa, con autores de sobrenombre a la cabeza como François Furet, el siglo XXI ha dado lugar a interpretaciones diferentes, dándole, muchas veces, una lectura de clase, raza y género. Reciclando la “historia desde abajo” desarrollada, entre otros, por Eric Hobsbawm, prospera una nueva recuperación “no oficial” de la revolución francesa en la que se pone en el centro al hombre y la mujer, a las relaciones y comportamientos que establecían con su entorno y, su significación política, dejando en un ámbito secundario super estructuras como la economía o el ámbito militar.

Ya en mayo de 1889 se sabía la importancia que iba a tener la Revolución, y el Partido Obrero Socialista francés decía: “la Revolución es permanente. Es de eterna actualidad. Porque las causas que la producen están, por siglos todavía, en el corazón del hombre”⁷.

⁷ Morales Moya, A. (1995: 200)

4. HIPÓTESIS DE TRABAJO

Las hipótesis a las que se enfrenta este trabajo de fin de grado, algunas ya mencionadas anteriormente, son varias. Pero, la gran pregunta que nos hacemos es si el Terror parte en dos la Revolución francesa o si es una etapa dentro de la misma. Esta pregunta la responderemos a través de los estudios y opiniones de varios autores. La cuestión de si el Terror parte la Revolución en dos, es decir, si es consustancial a ella o simplemente circunstancial, no la vamos a responder directamente en ningún momento, ya que mis conocimientos acerca de este tema no son suficientes para dar una respuesta con valor. En vez de ello nos haremos preguntas y expondremos hechos a lo largo de todo el trabajo, para que el lector sea capaz de juzgarlos de la mejor forma posible, y en última instancia, pueda desarrollar una opinión que le ayude a intentar resolver este enigma.

Para empezar, tenemos que cuestionarnos ¿fue la Revolución francesa un hito en el camino del progreso humano, en la lucha por mayores cotas de libertad y bienestar para todos, o una catástrofe que produjo una sangría innecesaria, porque destruyó mucho que merecía conservarse o porque los mismos resultados positivos que le atribuimos pudieron haberse logrado por la evolución natural de la sociedad? O, para decirlo más crudamente: ¿fue algo “bueno” que hay que reivindicar como un ejemplo, o algo “malo” que hay que combatir?⁸ Desde este mismo momento, intentaremos responder todas las preguntas a través de las diferentes opiniones de los intelectuales que escriben acerca de la Revolución francesa y del análisis de las corrientes historiográficas que intentan comprender el movimiento revolucionario desde su inicio.

⁸ Fontana, J. (1995: 106).

5. LA REVOLUCIÓN FRANCESA. HISTORIOGRAFÍA Y CONTRARREVOLUCIÓN.

El nacimiento de la democracia. En esta definición de la Revolución francesa hay tal peso intelectual que nadie, ni partidarios ni adversarios, puede negarla. Los primeros encuentran en ella su bautismo, los segundos lo convierten en materia de sus sospechas⁹. La Revolución francesa forma parte de la mitología contemporánea, de ella han emanado las ideas de libertad, igualdad y progreso, las cuales, se han convertido en los principales conceptos de mesianismo político y social actual. Es muy común que la izquierda socialista reivindique como herencia suya la tradición de la Revolución francesa, pero como vamos a ver, historiadores, organizaciones, etc., de todo tipo, intentan, de algún modo, hacerla suya. Profundamente enraizada en la mentalidad colectiva, este acontecimiento histórico difícilmente puede ser estudiado sin tomar partido¹⁰. Quienes reaccionaron con mayor entusiasmo ante las ideas de la Revolución, fueron aquellos escritores e intelectuales que consideraban los acontecimientos de 1789 como una etapa decisiva en la historia de la Humanidad, como el resultado natural de la fermentación intelectual del siglo XVIII¹¹. Pero la Revolución también provocó enormes resistencias debido en parte a que implicó cambios de gran alcance no solo en el terreno político, sino también en la sociedad y la cultura, algo que incluye a la Iglesia y la religión. En la Francia de 1789 Estado e Iglesia estaban fuertemente unidos y no cabía reformar lo uno sin lo otro, ni hacerlo sin redefinir su relación, precipitando una lucha que provocaría una escalada desde el secularismo liberal al antiliberal¹². La cuestión religiosa prepara el terreno para que comience la Revolución Francesa: se convierte en un horizonte en el que se inscriben los acontecimientos y, sobre todo,

⁹ Furet, F y Ozouf, M. (1989: 9).

¹⁰ Tulard, J, Fayard, J-F y Fierro, A. (1989: 1015).

¹¹ Furet, F y Ozouf, M. (1989:125).

¹² Arno J. Mayer. (2014: 40).

origina tensiones y luego enfrentamientos entre bandos irreconciliables¹³. Y es que, en palabras de Hannah Arendt, “las revoluciones son el único acontecimiento político que nos confronta directa e inevitablemente con el problema del comienzo¹⁴.”

Sin duda alguna, toda gran revolución genera un movimiento de resistencia por parte de quienes ven amenazada su posición social o política o consideran que sus valores están en entredicho. En el caso de la Revolución Francesa, esta oposición se retrotrae a las primeras transformaciones de 1789. Aunque algunos aristócratas del Antiguo Régimen, como Lafayette, o Mirabeau o los hermanos Lameth, continuaron prestando apoyo a la Revolución, la mayoría se oponían a ella y mostraban con frecuencia una actitud claramente hostil. Pese a la existencia de un pequeño grupo de nobles liberales que abrazaron los ideales de 1789, la abrumadora mayoría se sentía profundamente descontenta con el nuevo régimen y no ocultaba su hostilidad¹⁵. El movimiento contrarrevolucionario, secundado por la mayoría de la aristocracia francesa, se va a desarrollar y va a crecer debido a factores como las dificultades económicas generadas por el movimiento revolucionario, la introducción de cambios que distorsionan la estructura tradicional del poder a la que estaban tan vinculadas los nobles, ejemplo claro es el de la Iglesia y la religión, interferencias en el seno de la comunidad rural, donde se originará el movimiento más importante de la resistencia contrarrevolucionaria, la *Vendée*, y la desconfianza frente a las nuevas autoridades revolucionarias¹⁶. Los nobles se identificaban con un sistema de valores muy distinto al de la emergente cultura revolucionaria y, por la educación recibida en sus familias y sus propias experiencias a lo largo de la vida, casi todos continuaban creyendo en una sociedad desigual y jerárquica que, en última instancia, se fundamentaba en unos principios que podrían denominarse clasistas y racistas¹⁷. Así pues, muy pronto se hizo evidente que un número importante de individuos poderosos se oponía efectivamente a la Revolución, los cuales intentarán boicotearla de todas las formas posibles para detener su avance.

Las Furias revolucionarias serán, sobre todo, avivadas por la resistencia de las fuerzas e ideas opuestas a ella; esta confrontación se vuelve singularmente feroz una vez parece claro, como hemos visto, que la Revolución implica y presagia un exhaustivo nuevo

¹³ Martin, J.C. (2012: 193).

¹⁴ Hannah Arendt (1965: 13).

¹⁵ Tackett, T. (2015: 403).

¹⁶ Rújula, P. (1998: 10).

¹⁷ Tackett, T. (2015: 120).

comienzo¹⁸. Estas Furias, populares y revolucionarias, en 1789 resultaron enormemente efectivas porque los gobernantes en el cargo perdieron la determinación política o la capacidad militar para reprimirlas¹⁹. La Revolución Francesa, como todas las revoluciones, encontró, al menos en sus comienzos, resistencias en el ámbito militar y político, aunque serán, en su mayoría, dispersas y mal coordinadas, esto se debe a que el Antiguo Régimen había muerto antes de que la Revolución lo derrumbase. Las revoluciones se caracterizan, ante todo, por la debilidad y el aislamiento del poder que cae²⁰. De aquí podemos deducir que el éxito de la revolución exige la destrucción del ya frágil antiguo orden, en caso necesario mediante la ilegalidad y la violencia. En su respuesta a los ataques del girondino Louvet, el 5 de noviembre de 1792, y anticipando el tema de la violencia que luego discutiré, pregunta Robespierre: “Ciudadanos, a propósito de la insurrección del 10 de agosto y del derribo del trono, ¿queríais una revolución sin revolución?”²¹.

Estas resistencias al movimiento revolucionario se van a filtrar en la historiografía; por ejemplo, los historiadores liberales, impresionados por el episodio del Terror, Lacratelle, Norvins, Benjamin Constant y la señora de Stäel condenan los excesos de la Convención²². Otros, como Augustin Barruel iban más lejos, y, aseguraron que la revolución era consecuencia de una conjura de sectas tenebrosas minoritarias, como la masonería o la Ilustración, que pretendían acabar con todos los tronos y la religión. Joseph de Maistre, siguiendo el principio religioso de que todo es obra del designio divino, prefirió alejarse de una causa histórica humana como era la conjura y afirmó que la revolución era una especie de juicio final con la que Dios castigaba a los hombres por sus pecados, utilizando a los revolucionarios como simples marionetas²³. Desde las islas británicas, también se muestra rechazo al movimiento revolucionario, autores como Edmund Burke, el cual, se convierte en uno de los más implacables enemigos de la Revolución francesa, pone en guardia a sus compatriotas contra todo riesgo de contaminación ideológica en sus *Reflexiones sobre la Revolución en Francia* aparecidas en octubre de 1790. En ellas Burke demostraba que la revolución francesa no podía sino hacer una obra perjudicial, pues estaba fundamentada en ideas teóricas e intemporales mientras que las reformas duraderas deben adaptarse al temperamento y al pasado

¹⁸ Arno J. Mayer. (2014: 39)

¹⁹ *Ibidem*, p.144.

²⁰ Furet, F. (1980: 146).

²¹ Soboul, A. (1987b: 14).

²² Tulard, J, Fayard, J-F y Fierro, A. (1989: 1016).

²³ del Río, R. (2009: 96).

histórico de cada pueblo. Mostraba perfectamente que los movimientos revolucionarios franceses sólo podían terminar con una dictadura militar²⁴. Decididamente, Burke, opinaba que la revolución era un remedio desesperado, al que no se tenía que acudir sino después de haber agotado todas las posibilidades²⁵, y que, los efectos de la incapacidad mostrada en todas las grandes ramas de la República tendrían que cubrirse con el nombre “que todo lo compensa” de la libertad²⁶.

Desde la caída de Robespierre, que lleva al poder a una burguesía deseosa de autojustificarse, se va a utilizar la historiografía para consolidar el poder burgués y desviar las más graves acusaciones. Dantonistas, girondinos supervivientes y thermidorianos del *Marais* atacan al Terror, tiranía demagógica y sangrienta, y compiten con los panfletistas monárquicos para arrastrar a Robespierre y sus acólitos en el fango. La producción de obras sobre la Revolución francesa, desde el siglo XIX, causó innumerables polémicas, y el poder intentó, de alguna forma, detenerlas y silenciarlas; ejemplo claro es que, durante el Consulado y el Imperio, los debates sobre la Revolución son mal vistos. Modelo de esto es que, cuando Beauchamp publica en 1806 su *Histoire de la guerre de Vendée*, la obra produce escándalo, y el ministro de la policía la describe como “la obra más peligrosa que haya parido la mente contrarrevolucionaria”²⁷. Aun así, estaba ya más o menos claro en la época post-revolucionaria que, una vez caído Robespierre, la Revolución ya no iría más allá. Demasiado vinculado con el Terror, el movimiento de los sans-coulottes se había desacreditado en favor de una reacción política y económica, pero que no significaba una vuelta total al Antiguo Régimen. Desde 1795 lo que sí quedó claro es que la Revolución se estancaba y, por tanto, sería burguesa²⁸.

Durante la restauración y la llegada del segundo Imperio, esta misma burguesía sobre la que acabamos de escribir, desarrollará la historia mítica de la Revolución. Aunque, la contrarrevolución triunfante de 1815 insiste en el aspecto inútil de 1789 y celebra la Constitución no escrita de la monarquía, además de que las *Considérations sur la Révolution* de la señora de Stäel son atacadas por las *Observations* de Bonald, que expone la ya mencionada doctrina contrarrevolucionaria concebida por Joseph de Maistre. Estos ataques fueron provocados por el temor a una nueva explosión de fuerza,

²⁴ Tulard, J, Fayard, J-F y Fierro, A. (1989: 606).

²⁵ Burke, E. (1989: 27).

²⁶ *Ibidem*, p. 250.

²⁷ Tulard, J, Fayard, J-F y Fierro, A. (1989: 1017).

²⁸ *Ibidem*, p. 211.

que hace a los historiadores multiplicar las precauciones para alertar a las jóvenes generaciones y al poder; pues, como lo escribe Boileau al final de su *Histoire de la Révolution* (1820): “La Revolución de Francia presenta en la imaginación la forma de una alargada serpiente, de la temible boa, por ejemplo, que después de infectar con sus venenos el terreno que ha recorrido... parece descansar. Pero ¡ojo! con acercarse, ese presunto sueño es el de la perfidia. Si descansa, es para llenarse con un veneno nuevo²⁹.” Pero fue Hippolyte Taine, liberal y materialista, quien hizo la crítica más virulenta de la Revolución. En *Les origines de la France contemporaine* (1875), comienza atacando al *esprit classique*, que niega la complejidad de la vida, cuyo prototipo es Robespierre, “el pedante..., el superengendro y el fruto seco de la mente clásica”. Después reduce el fenómeno revolucionario a la empresa de una minoría perversa, los jacobinos, además insiste en el papel de la multitud manipulada por los cabecillas y sobre la malvada naturaleza del hombre, que hace del pueblo en sus capas más inferiores un monstruo en potencia del que el gobierno debe dominar los instintos³⁰.

El movimiento revolucionario ha sido objeto de grandes debates entre políticos, historiadores e intelectuales, que han expuesto las más diversas interpretaciones acerca de sus causas y los más dispares juicios de valor acerca de sus efectos. Los dos bandos durante todo el siglo XIX se irán alimentando continuamente del odio del “contrincante”. Siguiendo con el movimiento contrarrevolucionario, ya en el mismo momento en el que se estaba produciendo la Revolución, la resistencia del Antiguo Régimen no solamente se afirmará, sino que crecerá a medida que progresa el proceso revolucionario³¹. Desde el comienzo de la Revolución, el tono de los debates ya dejaba translucir la diferencia entre los distintos posicionamientos. Mientras que los patriotas estaban encantados con la innovación y el nuevo hombre, los nobles conferían más importancia a la tradición y la antigüedad. Si los revolucionarios proponían una Declaración de Derechos, los aristócratas reclamaban una declaración de deberes. Por otro lado, enseguida fue evidente que los detractores de la Revolución defenderían su postura con la misma convicción y el mismo fervor moral que los revolucionarios. Los patriotas juraban “vivir en libertad o morir”; sus oponentes, por su parte, dejaron claro que ellos también estaban dispuestos a morir antes que aceptar la abolición del Antiguo

²⁹ Tulard, J, Fayard, J-F y Fierro, A. (1989: 1016).

³⁰ *Ibidem*, p.1019.

³¹ Soboul, A. (1987b: 13).

Régimen y de los valores que este representaba³². Como veremos, el Terror será el acto reflejo de una revolución en peligro³³, una revolución amenazada por la influencia que tenía el movimiento aristocrático en todas las capas de la sociedad francesa.

Escribiendo en los propios años en que se estaba desarrollando, los editores ingleses de *The annual register or a view of the history, politics and literature for the year (1790)* calificaban los sucesos que habían tenido en Francia como “la más extraordinaria Revolución que jamás haya afectado a la historia de la humanidad: una Revolución que ha producido ya efectos que se sienten, sensible e infortunadamente, en cualquier rincón del planeta” e insistían en “la gran importancia que tiene para todos los hombres y todas las naciones”³⁴. Michelet comprende como nadie que la Revolución es una gran época sin grandes hombres, que se les escapa de las manos continuamente a cuantos pretenden dirigirla, y que para entender sus resortes más profundos hay que situarse en lo que tiene de original, como es la aparición del pueblo en el teatro del poder³⁵. A diferencia de la historiografía que hemos citado hasta ahora, lo que Michelet celebra en 1789 es la unidad del pueblo y la nación en la recuperación de su soberanía y la afirmación del Derecho. Este acontecimiento es algo muy diferente de la “pequeña revolución insular y egoísta” de Inglaterra en el siglo XVII³⁶. Como oposición al escritor francés, autores como Robert R. Palmer y Alfred Cobban afirman que la Revolución Francesa no habría sido más que “un aspecto de una revolución occidental o más exactamente atlántica que comenzó en las colonias inglesas de Norteamérica poco después de 1763”. Es decir, la Revolución Francesa se integraba en la “gran revolución atlántica”³⁷. Y es que, el movimiento revolucionario francés, no fue, ni mucho menos, el único desafío al orden político del Antiguo Régimen en Europa. Antes de 1789, hubo revoluciones en Suiza, Holanda e Irlanda, y eso sin volver a mencionar la Guerra de la Independencia americana contra el imperio británico³⁸.

Durante muchos años se estuvo sosteniendo, siguiendo la hipótesis anterior, que, frente al modelo ejemplar del crecimiento industrial británico, el de Francia había sido un caso de frustración: de país que, teniendo las mismas posibilidades que Gran Bretaña a finales del siglo XVIII, las había visto truncadas por la “catástrofe” que habían sido la

³² Tackett, T. (2015: 121).

³³ Bien, D. D. (1990: 778).

³⁴ Fontana, J. (1995: 105)

³⁵ Furet, F y Ozouf, M. (1989: 843).

³⁶ *Ibidem*, p.844.

³⁷ Soboul, A. (1987b: 33).

³⁸ Furet, F y Ozouf, M. (1989: 123).

Revolución y las guerras napoleónicas, erigidas por muy diversos motivos en causas del “atraso francés”³⁹. Cuando, en la segunda mitad del siglo XX, ha podido verse que el modelo británico no tenía nada de ejemplar, sino que, después de haber permitido un siglo de crecimiento, era responsable, asimismo, de otro siglo de estancamiento que había conducido a la presente decadencia y desindustrialización británica, mientras Francia se había desarrollado más armónicamente y se había asegurado un crecimiento mayor a largo plazo, la teoría de la “catástrofe” revolucionaria ha perdido cualquier valor explicativo⁴⁰. Contrariamente a lo que había sucedido en la Inglaterra del siglo XVII, en Francia la Revolución llegó mucho más allá, ya que, mató no sólo al rey sino también a la realeza. Tal vez la verdadera cuestión sea, continuando con Michelet, si la realeza no estaba ya muerta con anterioridad, antes del 21 de enero, antes de Varennes, antes de 1789 e, incluso antes del advenimiento de Luis XVI. Lo cual habría hecho de su reinado una empresa prácticamente imposible, que terminó, casi podríamos decir inevitablemente, en una tragedia⁴¹.

Como señala constantemente la historiografía contrarrevolucionaria, 1789 tuvo un lado oscuro. Quien había vivido aquellos días guardaba, por fuerza, una profunda sensación de incertidumbre, mezclada en ocasiones con la angustia y la sospecha. Los acontecimientos de aquellos meses, alborotos por causa del cereal, hambrunas, masacres, motines, etc., prefiguraron y anunciaron muchos de los problemas que llenarían los años de revolución por venir: un vacío de poder en constante evolución, la aparición de un movimiento contrarrevolucionario declaradamente contrario a los nuevos ideales, la división de los patriotas en distintas facciones y las explosiones de violencia popular periódicas⁴². Este balance de la Revolución francesa está lejos de ser positivo. Además de económica y socialmente, culturalmente fue una época de destrucciones sistemáticas; de hecho, en esta época nace la palabra “vandalismo”. La literatura es de lo más mediocre, además de que desaparecen hombres como Jacques Cazotte, Nicolas Chamfort y André Marie Chénier, y Sade, a pesar de sus protestas de republicanismo, es encarcelado. El teatro se convierte en un hecho muy poco común y,

³⁹ Fontana, J. (1995: 106).

⁴⁰ *Ídem*.

⁴¹ Furet, F y Ozouf, M. (1989: 267).

⁴² Tackett, T. (2015: 87).

en general, mediocre, y los excesos más sangrientos coexisten con una sensiblería no menos exacerbada⁴³.

Sea cual sea la interpretación que elijamos para comprender este tiempo: “época de la revolución democrática” (R.Palmer) o “era de las revoluciones” (D. Armitage y S.Subrahmanyam), para todos los historiadores el punto de inflexión de los siglos XVIII y XIX aparece cuando todas las revoluciones industriales, políticas y sociales se articulan y responden, mientras cada país, en cierto modo, actúa según sus predisposiciones estructurales para componer un mundo nuevo⁴⁴. Actualmente, a pesar de la violencia y entendiendo que los franceses respondieron, adecuando sus predisposiciones estructurales, ante un mundo que de una forma u otra iba a cambiar, sabemos que la revolución de 1789-1794 ha marcado el advenimiento de la sociedad moderna, burguesa y capitalista en la historia de Francia. Observaremos que su característica esencial estriba en la realización de la unidad nacional del país sobre la base de la destrucción del régimen señorial y de las órdenes feudales privilegiadas⁴⁵. Podemos discernir de todo esto que una revolución no consiste únicamente en la conquista del poder, sino en una transformación profunda de las estructuras sociales⁴⁶, lo que acabará provocando una nueva distribución de la riqueza que, a su vez desemboca en una nueva distribución del poder⁴⁷, por eso la resistencia de la aristocracia, señalada en los anteriores párrafos, es tan fuerte, ya que no quiere que el equilibrio de poder cambie⁴⁸. Y es que, no hay revolución si no es social: un golpe de Estado no es en modo alguno una revolución⁴⁹.

En definitiva, hemos podido observar a lo largo de este apartado que desde hace más de doscientos años hay un debate sobre la unidad de la Revolución. La tradición contrarrevolucionaria condena a la Revolución en bloque, la historiografía jacobina, socialista o comunista la exalta también en bloque, mientras que los republicanos, al menos, la absuelven frecuentemente en nombre de las circunstancias⁵⁰. Esta gran polémica historiográfica se debe a que pocos momentos en la historia moderna han sido tan espectaculares y transformadores como lo fue el año de 1789 en Francia. En el

⁴³ Tulard, J, Fayard, J-F y Fierro, A. (1989: 1042).

⁴⁴ Martin, J.C. (2013:19).

⁴⁵ Soboul, A. (1983a, p.325).

⁴⁶ Soboul, A. (1987b: 13).

⁴⁷ *Ibidem*, p.19.

⁴⁸ Tackett, T. (2015:121).

⁴⁹ Soboul, A. (1987b: 50).

⁵⁰ Furet, F y Ozouf, M. (1989: 475).

espacio de unas pocas semanas, durante los meses de primavera y verano, un órgano representativo elegido tradicionalmente y que no se había reunido en 175 años se declararían unilateralmente como voz soberana de la nación, afirmarían ser la autoridad suprema en las decisiones relativas al sistema tributario y anunciarían su intención de redactar una Constitución. Al poco, emitirían un decreto que reformularía las estructuras políticas y sociales francesas radicalmente y promulgaría una Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano que constituiría un modelo para el resto de las reformas democráticas en todo el mundo. Tales transformaciones, que apenas nadie habría podido anticipar tan solo dos años antes, desataron emociones de júbilo y entusiasmo, un fervor que uniría a los patriotas bajo un nuevo sentimiento de comunidad y los dominaría en los años venideros. Sin embargo, casi desde el primer momento, los revolucionarios hubieron de hacer frente también a una violencia persistente, que para ellos resultaba tremendamente difícil de comprender y controlar. Pues, el júbilo y el entusiasmo fueron de la mano del miedo y la incertidumbre⁵¹. Esta sensación agri dulce que dejó la Revolución hace que actualmente Francia continúe considerándose la patria de los derechos humanos pero debido a la polémica aquí expuesta, ya no apela tanto a su herencia revolucionaria como hasta mediados del siglo XX. No obstante, su himno nacional, que reivindica el hecho de derramar la sangre de los enemigos en los surcos, se sigue cantando en los estadios del mundo entero, y los debates sobre figuras emblemáticas como María Antonieta, Robespierre, Corday o Marat, o episodios célebres como el Terror y la guerra de la Vendée, debido a su radical importancia y significado, continúan vivos⁵².

⁵¹ Tackett, T. (2015: 53).

⁵² Martin, J.C. (2013:11).

6. EL TERROR Y LA VIOLENCIA

No podemos escribir acerca del Terror sin definirlo y acotar su acción. El “Terror” entendido como el nombre dado a dos períodos de la Revolución francesa: El *Primer Terror* (10 agosto – 20 septiembre 1792) se caracterizó por el dominio de la Comuna y la puesta en vigor de numerosas leyes revolucionarias (supresión de órdenes religiosas, laicización del estado, divorcio), así como por el arresto del rey y las matanzas de septiembre. Durante el segundo Terror o *Gran Terror* (5 septiembre 1793 – 28 julio 1794), Robespierre eliminó a los girondinos e impuso un régimen de excepción que acabó con hebertistas y dantonistas; miles de sospechosos fueron juzgados por los tribunales revolucionarios, y muchos de ellos guillotinos⁵³. Estos ataques no fueron infructuosos porque la primera consecuencia de la caída de los dantonistas y hebertistas fue el reforzamiento del gobierno revolucionario⁵⁴.

Durante el Primer Terror, la Revolución no se plantea ya solamente a nivel de los estados mayores políticos, de los partidos y del rey, su desenlace se juega ahora en el ámbito de las masas populares que se habían forjado un ideal político y social, el cual, desean trasladar a la realidad apoderándose del poder. El 10 de agosto de 1792, fecha de inicio del Primer Terror, cobra para muchos sans-coulottes la apariencia de ser el primer día del año I de la Igualdad⁵⁵. El principal resultado de la jornada del 10 de agosto de 1792 fue, no tanto la caída de la monarquía, como la repentina emergencia de una Comuna insurreccional. El asalto a las Tullerías puso fin a la crisis abierta por la fuga del Rey a Varennes, pero la toma del Ayuntamiento es el punto de partida de una nueva

⁵³ *Diccionario Larousse Ilustrado*. (1997: 1714).

⁵⁴ Tulard, J, Fayard, J-F y Fierro, A. (1989: 197).

⁵⁵ Péronnet, M. (1985: 274).

fase revolucionaria; a partir de ese momento, el poder legal tendrá que contar más que nunca con el pueblo parisiense que le disputa la legitimidad⁵⁶.

El 5 de septiembre de 1793 la Convención puso el Gran Terror en vigor. Esto significaba que organizaría, sistematizaría y aceleraría la represión de los adversarios interiores de la República e iniciaría el castigo expeditivo de todos los traidores⁵⁷. Fue, sobre todo, el “Terror” de estos meses el elemento que dominaría los recuerdos de los hombres y mujeres que lo vivieron, así como las historias escritas por las generaciones futuras.⁵⁸ Dentro del gran Terror, nos vamos a encontrar con un terror judicial que se apoyará en la ley de sospechosos (27 de septiembre de 1793) y un terror económico que se basa en las leyes que reprimen el acaparamiento, en las leyes del máximo de los precios y de los salarios, en las leyes que obligan a los comerciantes y a los productores a declarar sus *stocks*, a someterse a los registros e incautaciones ordenados por los ayuntamientos y a aplicar el máximo de los precios⁵⁹. Las grandes leyes judiciales del terror del 22 de pradiel del año II simplifican los procedimientos de detención, de prisión y de juicio de los sospechosos. Concebidas como unas medidas de apaciguamiento orientadas a reglamentar el terror judicial, reservando su exclusividad al tribunal revolucionario parisino, contribuyen de hecho a concentrar todos los sospechosos en París, haciéndolos pasar ante un único tribunal (el hecho de ejecutar a la gran mayoría de los condenados en París producirá a los allí presentes la impresión de asistir a un baño de sangre)⁶⁰. Bajo la acción del Comité de salvación pública, el Terror se moralizó y se hizo más eficaz. De un lado, los terroristas notorios, Fouché, Barras, Tallien, Carrier, entre otros, fueron revocados. Sus excesos habían irritado a Robespierre, que temía el descrédito de la Revolución. Por otro lado, repitiendo lo justo antes escrito, era importante centralizar el Terror, suprimiendo tribunales y comisiones revolucionarias de los departamentos, de tal manera que “los acusados sean llevados desde todos los puntos de la república al tribunal revolucionario de París”. Tal fue el objeto del decreto del 8 de mayo de 1794⁶¹. También, el Terror habría sido un medio de gobierno económico, ya que habría permitido la aplicación del *maximum* general, antes mencionado, que había garantizado al pueblo su pan cotidiano. Como reacción, la

⁵⁶ Furet, F y Ozouf, M. (1989: 132).

⁵⁷ *Ídem*.

⁵⁸ Tackett, T. (2015: 381)

⁵⁹ Péronnet, M. (1985: 276).

⁶⁰ *Ibidem*, p.179.

⁶¹ Tulard, J, Fayard, J-F y Fierro, A. (1989: 199).

respuesta aristocrática al máximo general coincidió con el abandono de la tasa y la carestía más horrible en mucho tiempo. Hubo quienes llegaron a identificar Terror y abundancia, lo mismo que “otros” asociaron gobierno revolucionario y Terror⁶².

El Terror es un arma dirigida contra los enemigos de la Revolución situados al margen del curso normal de la justicia para ser juzgados por el tribunal revolucionario, que aplica un procedimiento y una escala de castigos fijados por la Convención contra los acaparadores, los sublevados y los aristócratas. El Terror está destinado a acabar físicamente con los enemigos de la Revolución; la Convención lo instala “a la orden del día” como resultado de la jornada popular del 5 de septiembre⁶³. Siguiendo a Rousseau, Robespierre repite a menudo la idea de que el gobierno del pueblo excluye cualquier expresión de voluntad individual; la virtud que le anima no es otra que “este sentimiento sublime que supone preferir el interés público a todos los intereses particulares.” Por tanto, para devolver al pueblo esa conciencia de su propia virtud natural, hay que reanimar su voluntad general, anulando los intereses privados, derribando todas las barreras internas que estructuran y dividen a la sociedad francesa del Antiguo Régimen⁶⁴. Ciertamente, un terror fundado y potente no presenta fracturas ni límites, y necesita crear en todos, la impresión de que es imperecedero, inconstante y nunca visto, para así, su sombra llegue a la máxima cantidad de población posible. Pero, en casi todos los aspectos, el Terror de 1793-1794 fue deficiente, sobre todo porque sus adalides siguieron proclamándolo y justificándolo públicamente, pero al mundo le repugnan los “espeluznantes asesinatos y los nuevos patíbulo que se instalan de forma permanente”, como le asquea la visión de la “sangre derramada a plena luz del día”, un terror continuado requiere víctimas que asesinar “en la oscuridad de la noche, lejos de los vivos, anónimas, olvidadas, sin eco, sin testigos y sin última voluntad”⁶⁵. En realidad, muchos de los decretos sociales promulgados por la Convención se aplicaron, en el mejor de los casos, de forma titubeante⁶⁶, y, a pesar de la adopción de la Constitución del 24 de junio de 1793, la legitimidad del naciente régimen revolucionario seguía siendo muy débil⁶⁷. Aun así, en este estado de supuesta debilidad, o mejor dicho de continua posible quiebra, el sistema conocido como el Terror ajustició a muchas personas, y aunque es imposible emitir un recuento preciso de las pérdidas

⁶² Soboul, A. (1987c: 156).

⁶³ Péronnet, M. (1985: 275).

⁶⁴ Arasse, D. (1989: 79).

⁶⁵ Arno J. Mayer. (2014: 131).

⁶⁶ Tackett, T. (2015: 369).

⁶⁷ Arno J. Mayer. (2014: 228).

humanas, existen estimaciones sólidas. El terror oficial, que comenzó en marzo de 1793 y que llegó hasta julio-agosto de 1794, lo que Quinet concibió como el terror sistémico, se cobró entre 35.000 y 40.000 vidas. Este total puede descomponerse en tres grupos: unos 17.000 fueron condenados a muerte por tribunales y comisiones especiales o de emergencia; entre 10.000 y 12.000 fueron ejecutados sumariamente tras su captura y sin juicio alguno; y varios miles murieron de, mal llamadas, causas naturales en las abarrotadas prisiones y centros de detención⁶⁸. Por supuesto, el Terror no sistemático o de abajo a arriba del período que va de julio de 1789 a marzo de 1793 también tuvo un alto peaje, como lo fueron las matanzas de las prisiones de septiembre de 1792. Además, sobre todo bajo el terror oficial, en un momento u otro entre 300.000 y 500.000 “sospechosos” fueron arrojados a la prisión: algunos de ellos fueron sancionados, deportados y enviados a galeras, y otros murieron por la malnutrición y la enfermedad⁶⁹.

Cualesquiera que fueran las raíces principales de este terror, sus objetivos fueron más políticos que judiciales, sociales o económicos. Aunque durante las dos fases la escala e intensidad del terror en las regiones y ciudades resistentes excedieron con mucho al de París, la capital constituyó su epicentro, pues aun cuando buena parte de este terror eludió el control central, París dio el impulso y la dirección a lo que era una apuesta por restaurar una única soberanía política y judicial mediante los Ejércitos Revolucionarios y los representantes comisionados⁷⁰. Las confrontaciones entre las facciones de la Asamblea fueron otro motivo más del malestar constante en la capital de Francia. La muchedumbre se congregaba a diario en el Palacio Real. Los ataques no solo apuntaban hacia los aristócratas sino también hacia los *monarchiens* y algunos exigían una purga de todos los diputados que defendían el veto del rey⁷¹. Como resultado de esta política de control y exterminio, por ejemplo, a finales del periodo del Terror, casi las dos terceras partes de las aproximadamente sesenta personas más cercanas a la dirección de los girondinos habían sido ejecutadas o se habían quitado la vida⁷².

⁶⁸ Arno J. Mayer. (2014: 414).

⁶⁹ *Ídem*.

⁷⁰ *Ibidem*, 417.

⁷¹ Tackett, T. (2015: 83).

⁷² *Ibidem*, p.385.

Históricamente, el Terror, ha sido una cualidad esencial de la revolución, inherente a su dinámica⁷³. El problema del Terror es incluso más complejo y desconcertante que el de la violencia⁷⁴, dividiendo siempre a reformistas y revolucionarios, y también a historiadores. El punto en cuestión no es el terror como tal, sino sus cambiantes escalas, variedad e intensidad, y, sobre todo, sus excesos, o más bien sus “excesos excesivos”⁷⁵. Pero tampoco hemos de otorgarle al término terror una significación excesiva; este término se emplea para designar el período durante el cual un gobierno dispone de un poder de hecho sin apoyarse en una legitimidad constitucional⁷⁶. Aun así, en términos generales, el establecimiento y acción del reino del terror fue inseparable de las circunstancias de la guerra civil, la hostilidad exterior, la desorganización económica y la desarticulación social, que requerían de una acción rápida, centralizada y coercitiva. La consiguiente movilización forzosa y el despliegue político, militar y económico vinieron respaldados por la aplicación de un terror repleto de retórica intimidatoria, arrestos arbitrarios, justicia sumaria semi ilegal y ejecuciones en masa. Para ser efectivo el régimen del terror revolucionario debía gobernar para dejar patente el miedo, el cual, la mayoría de las veces es imposible de controlar⁷⁷.

El Terror comenzó en París con ejecuciones como la de María Antonieta (25 vendimiario – 16 octubre), cuyo móvil fundamental era el de acabar con cualquier tentación de negociar con las potencias europeas sobre la base de la persona de la exreina y el restablecimiento de la monarquía⁷⁸. Desde los primeros pasos de la Revolución muchos patriotas habían mostrado su impaciencia hacia quienes no estaban preparados para adoptar su visión del “nuevo hombre”. Hacia 1793, un sector de los activistas más radicales atacaba no solo a los contrarrevolucionarios, como la propia Maria Antonieta, sino a cualquiera cuyo apego a la Revolución se considerase insuficientemente activo⁷⁹. Pero, a pesar de estos ataques dirigidos, la Revolución francesa y el Terror está marcadas y son tan importantes actualmente por la violencia espontánea. La principal peculiaridad de las explosiones de la temprana violencia en la Revolución Francesa fueron los objetivos y víctimas que esta pretendía. Quinet apunta

⁷³ Arno J. Mayer. (2014: 115).

⁷⁴ Arno J. Mayer. (2014: 115).

⁷⁵ *Ibidem*, p.116.

⁷⁶ Péronnet, M. (1985: 272).

⁷⁷ Arno J. Mayer. (2014: 147).

⁷⁸ Fontana, J. (1995: 115).

⁷⁹ Tackett, T. (2015: 370).

de modo sugerente que mientras en la Edad Media estas explosiones “estuvieron sobre todo dirigidas contra los petits”, en la Revolución francesa apuntaron de modo prioritario también hacia “les grands”. Como norma general, los desmanes contra la gente común ni despiertan indignación ni producen ningún eco, de modo que “los siglos pasan sin que nadie los escuche”. A la inversa, las agresiones de los notables causan en seguida “un tremendo bullicio” y son denunciados por “ir contra el curso de la naturaleza”. Por otra parte, casi todo el mundo estuvo a lo largo de los tiempos a favor de tales “derramamientos de sangre en el nombre de los Cielos”, pero maldijeron a quien lo hiciera “en pro de los hombres de la Tierra”, algo que en 1789 estuvo a la orden del día⁸⁰.

Las condiciones que definen y delimitan el terror incluyen el flujo y reflujo de la violencia popular, la guerra civil y exterior, las tensiones económicas y sociales, las resistencias anti- y contrarrevolucionarias, y las luchas políticas fratricidas. Todas estas presiones cruzadas se desarrollan en un contexto de ruptura de la soberanía política y judicial y de fuerte tendencia centrífuga⁸¹. Centrándonos en el primer aspecto, las intervenciones populares, que luego desembocaron en el Terror, en esencia espontáneas jugaron un rol fundamental en 1789. Las élites de la oposición leal se aprovecharon de las agitaciones urbanas y rurales para mantener su empuje hacia una limitada, y todavía amorfa, reforma política, social y cultural⁸². Nadie que hubiese vivido durante este período podía permanecer al margen de los acontecimientos, la controversia que estos levantaron, como nos podemos imaginar, fue enorme. Ciudades como Lyon o París habían sido impregnadas con la visión y el olor de la muerte en 1789, aunque aún les quedaba pasar la peor parte, la cual fue durante las terribles semanas de junio y julio de 1794. Es en este momento y echando un vistazo a lo ocurrido hasta entonces, que, célebres personajes históricos como Garat, Ruault o Louis-Sébastien Mercier estaban angustiados por el curso que habían seguido los acontecimientos recientes. ¿Cómo era posible que las cosas salieran tan terriblemente mal? ¿Por qué una parte importante de las élites revolucionarias, que habían proclamado el advenimiento de la tolerancia, la justicia social y los derechos humanos, adoptó una cultura política de la violencia estatal? “¿Cómo fue, dijo Mercier, citando un viejo refrán, que el oro puro se

⁸⁰ Arno J. Mayer. (2014:145).

⁸¹ *Ibidem*, p. 143.

⁸² *Ídem*.

transformó en plomo?”⁸³. Pero ya antes incluso de que los girondinos iniciaran el camino hacia el cadalso o de que estos autores se dieran cuenta de lo que estaba pasando, muchos de sus contemporáneos habían comenzado a mostrarse mucho más cuidadosos con lo que ponían por escrito. Muchos interrumpieron por completo su correspondencia. Para los que continuaron enviando cartas, la transparencia de sus pensamientos y opiniones se veía nublada frecuentemente por el miedo y la autocensura⁸⁴.

El Terror se exterioriza y se hace casi palpable a través de herramientas y mecanismos como pueden ser la censura o la persecución política despiadada, pero el más relevante históricamente por la fuerza simbólica que implica fue la guillotina. La guillotina ya no sólo se convierte en el instrumento de una justicia igualitaria sino en una auténtica máquina gubernamental. Su repetida violencia expresa, según Saint-Just, la “vehemencia de un gobierno puro” que quiere “fortalecer la igualdad”⁸⁵. En cierta forma, el Terror consistirá en la repetición ritual de ese primer sacrificio (muerte del Rey como acto fundador de la República), y la guillotina, “estandarte de tantas carnicerías”, ha podido adoptar de ese modo, el aspecto de altar de ceremonias de la nueva religión⁸⁶. La guillotina es popular, porque los sans-coulottes ven en ella el instrumento vengador de la nación. Además, en el año III el recurso a la violencia se cargó de una significación aún más precisa para los sans-coulottes. Por ello, las expresiones de cuchilla nacional y hacha popular; la guillotina es también la guadaña de la igualdad. El odio de clase contra la aristocracia está alimentado por la creencia en el complot aristocrático que, desde 1789, constituye uno de los elementos motores de la violencia popular. La guerra en el exterior y la guerra civil reforzaron aún más la convicción popular de que sólo se triunfaría sobre la aristocracia por medio del terror, y que la guillotina era necesaria para la consolidación de la República⁸⁷. A lo largo de todo el proceso revolucionario, la voluntad de castigo se convirtió en la campaña del miedo, rasgo de mentalidad colectiva, que llega al imaginario común, y que engendró finalmente el Terror⁸⁸. En el momento más álgido del Terror, entre el 10 de junio y el 28 de julio de 1794, la guillotina, instalada ahora cerca del fielato del *Trône*, corta 1351 cuellos en siete semanas. Tras la caída de Robespierre, la guillotina vuelve a la plaza de

⁸³ Tackett, T. (2015: 401).

⁸⁴ Tackett, T. (2015: 367).

⁸⁵ Arasse, D. (1989: 75).

⁸⁶ *Ibidem*, p.72.

⁸⁷ Soboul, A. (1987c: 155).

⁸⁸ Soboul, A. (1987b: 211).

Grève y presta servicios más moderados. En diez meses de Terror revolucionario, se calcula que cayeron 16.594 cabezas, lo que deja al reinado de Robespierre como uno de los más sangrientos y polémicos de la historia⁸⁹.

Fue sobre todo en el manejo de las palabras, en la “manipulación” de las ideas en lo que sobresalieron los revolucionarios. No sólo practicaron una política de la lengua y de creación de símbolos, como es la guillotina, sino que también crearon conceptos. Nacionalismo y patriotismo son hijos de la Revolución, y su expansión se llevó a cabo a expensas, en particular, de la religión⁹⁰. Y es que, nada ilustra mejor la extraordinaria distancia recorrida desde 1789 por los revolucionarios más activos que la rápida evolución de sus concepciones en materia de religión. Con el avance de la Revolución y el derrocamiento de todas las antiguas autoridades, ¿no había llegado el momento, se preguntaban, de declarar el reino de la razón y dejar de lado la superstición de los santos y la Trinidad y el abracadabra mágico de la litúrgica católica? ¿Acaso no estaba claro ahora que toda religión era farsa, inventada por el clero para mantener sus posiciones de poder en influencia sobre la sociedad?⁹¹ Esta fue la razón por la que la violencia hacia el clero y la Iglesia como institución era extraordinariamente marcada y violenta⁹². Habiendo expuesto todo esto, tenemos que poder, en parte, “apartar” la mirada de la sangre y la violencia causada por el bando revolucionario. No estaría “bien”, sabiendo que los conceptos del bien y el mal no valen en un análisis historiográfico objetivo, definir el año II, y el Terror en general, como un “tiempo de desamparo” absoluto, sino también como un tiempo de esperanza, una tentativa de democracia social y de república igualitaria. Para asegurar su salvación, la revolución intentó dar un sentido nuevo al principio de igualdad, que a partir de entonces se sobrepuso al de libertad⁹³, y, para ello, tuvo que utilizar mecanismos que, si juzgamos sin entender, y aun entendiéndolos son difícilmente justificables, pueden considerarse de una crueldad extrema.

Si bien ningún individuo dominó nunca la Revolución Francesa, como sería a menudo el caso de las revoluciones del siglo XX, la extraordinaria, aunque imperfecta personalidad de Robespierre fue sin duda una figura central en el drama político de la

⁸⁹ Tulard, J, Fayard, J-F y Fierro, A. (1989: 797).

⁹⁰ *Ídem*.

⁹¹ *Ibidem*, p. 1041.

⁹² Tackett, T. (2015: 370).

⁹³ Soboul, A. (1987b: 123).

época del Terror⁹⁴. Este junto a Marat fueron las figuras más emblemáticas del terror (el abogado de la Revolución en su primera fase y Robespierre en la segunda etapa). Marat estuvo entre los primeros y más importantes pensadores y defensores de la violencia. Hacia el comienzo del otoño de 1789 declaró que estas furias habían “doblegado a la facción aristocrática de los Estados Generales, usando el terror para recordarles su deuda”. Marat alabó enseguida este “terror saludable” como algo “indispensable para la consumación del gran propósito de la constitución”⁹⁵. Robespierre afirmaba simplemente la necesidad de la violencia revolucionaria. “¿Acaso la fuerza está hecha sólo para proteger al crimen?”⁹⁶. Para “el Incorruptible”, el Terror no era más que la justicia pronta, severa, inflexible; era, pues, una emanación de la virtud⁹⁷. También, Danton en la primavera de 1793 escribe de forma positiva acerca de esta violencia: “¿No tiene el pueblo el derecho de sentir las efervescencias que lo conducen a un delirio patriótico?”. Se suma, Jacques Roux refiriéndose a esta violencia en términos proféticos: “Que el león del patriotismo se desencadene más terrible que en su primer despertar...”⁹⁸ No estamos hablando en ningún caso de una violencia gratuita, para ellos era necesaria e inevitable; Hébert escribe en su *Père Duchesne*: “Ya no se puede retroceder, demonios, hay que consumir la Revolución, un sólo paso atrás perdería a la República”. Hébert comparte con Lesbas un escalofrío de inquietud y vértigo: “Ya estamos lanzados, tras nosotros los caminos están cortados, hay que avanzar, por las buenas o por las malas, sobre todo hoy es cuando se puede decir: vivir libre o morir”⁹⁹.

Aunque autores como Francois Furet llegan a la conclusión de que la Revolución de 1789 no era ni pura ni moderada y que, desde su inicio, ya contenía en su cultura política las ideas que el Terror simplemente institucionalizó¹⁰⁰, en 1789 el Terror no estaba escrito, ya que el impresionante aumento de la violencia impulsada desde el Estado surgió del propio proceso revolucionario. Pero tampoco cabe duda de que, en vísperas de la Revolución, las élites plebeyas sostenían posturas claramente ambiguas ante la violencia¹⁰¹. El Terror surgió más bien merced a una concatenación de hechos surgidos del propio proceso de la Revolución. Al principio, sin lugar a duda, fueron la intensa emoción, el entusiasmo y el compromiso con que un segmento importante de la

⁹⁴ Tackett, T. (2015: 382).

⁹⁵ Arno J. Mayer. (2014: 125).

⁹⁶ Soboul, A. (1987b: 15).

⁹⁷ Arasse, D. (1989: 76).

⁹⁸ Vovelle, M. (1989: 29).

⁹⁹ *Ídem*.

¹⁰⁰ Bien, D. D. (1990: 778).

¹⁰¹ Tackett, T. (2015: 51).

sociedad francesa abrazó los nuevos valores revolucionarios, los cuales quedaron encarnados en las principales declaraciones formuladas en el verano de 1789. A diferencia de muchas revoluciones de la historia moderna, los sucesos acaecidos en Francia no se basaban en una ideología preexistente y bien definida, no representaban la simple apropiación de una u otra hebra de la filosofía de la Ilustración¹⁰².

Para terminar este y anticipando el siguiente apartado, vamos a ver como debido a la originalidad y la violencia de la época conocida como el Terror, los liberales exaltarán los acontecimientos de 1789 y van a detestar o rechazar los de 1793; es decir, se podría decir que prefieren el balance de la Revolución a su trayectoria. Los escritores políticos, que son los más apasionados por la libertad, como Quinet, llegan hasta el punto de excluir la dictadura de 1793 de la herencia revolucionaria, para convertirla en un renacimiento del Antiguo Régimen. Cortada en dos periodos antagónicos, uno ebrio de libertad y otro despótico, la Revolución francesa constituye el terreno por excelencia donde se nutre, desde Tocqueville, la reflexión sobre la antigüedad de la democracia moderna¹⁰³. Una de las razones por las que Quinet excluye la dictadura de 1793 del movimiento revolucionario que él consideraba como puro, es porque la libertad fue reservada para los que estaban en el poder: “Nada de libertad para los enemigos de la libertad” fue el lema del Terror¹⁰⁴.

¹⁰² Tackett, T. (2015: 402).

¹⁰³ Furet, F y Ozouf, M. (1989: 475).

¹⁰⁴ Tulard, J, Fayard, J-F y Fierro, A. (1989: 861).

7. EL TERROR Y LA HISTORIOGRAFÍA

El movimiento revolucionario del Terror, desde su inicio, atrae la atención de los historiadores. La época que denominamos “el Terror” ha estado, desde el siglo XIX, bajo continua crítica científica e historiográfica. Tenemos distintas versiones de un mismo hecho. Esto se debe, entre otras cosas, a la gran polémica que este periodo trajo al mundo académico casi desde los primeros días del siglo XIX. Así nacieron diferentes corrientes y explicaciones de un mismo suceso, y con ello, empezó el debate historiográfico. Tenemos que saber que, en el siglo XIX, es raro que los estudiosos de la Revolución francesa sean profesores o especialistas en el tema (se trata, en la mayoría de los casos, de periodistas, escritores, militantes y políticos)¹⁰⁵. Por ejemplo, Louis Blanc es periodista, Lamartine escritor, Buchez militante y Tocqueville tiene una doble carrera de escritor político y de hombre público¹⁰⁶, pero todos tienen en común la pasión por la cosa pública que alimenta su curiosidad por la Revolución francesa¹⁰⁷.

La historiografía del s. XIX inmediata a los acontecimientos en Francia puede constituir una buena fuente para analizar las distintas posiciones desde la que se interpretó el Terror de 1793. Para Joseph de Maistre, por ejemplo, no se podía dissociar la revolución del episodio terrorista¹⁰⁸. Por el contrario, para otros estudiosos, la violencia que se asocia al Terror es algo externo a la Revolución liberal francesa, por tanto, se debían separar del núcleo de esta las ideas que fueran incompatibles con el concepto de libertad. Había que analizar aspectos como la guillotina o personajes como Robespierre y Napoleón como una deriva déspota que nada tenía que ver con la Revolución¹⁰⁹. A

¹⁰⁵ Furet, F y Ozouf, M. (1989: 798).

¹⁰⁶ *Ibidem*, p.799.

¹⁰⁷ *Ibidem*, p.798.

¹⁰⁸ Canterla González, C. (2009: 8).

¹⁰⁹ *Ibidem*, p.7.

ojos de Alexis de Tocqueville, la Revolución Francesa comprende dos partes; la primera se circunscribe a 1789 y termina con las jornadas de octubre, es la revolución de la libertad realizada por la nación contra el despotismo. La segunda, la cual definió como la revolución del odio entre las clases y de la igualdad, que se ejercen en detrimento de la libertad y que abarca desde el otoño de 1789 a 1799¹¹⁰. Al hacerlo, Tocqueville vuelve a encontrarse con una separación clásica de la historiografía liberal, entre las dos partes de la Revolución, la una fundadora, la otra destructora de la libertad¹¹¹. En la misma línea historiográfica, Thiers y Mignet con su *Histoire de la Révolution française*, publicada entre 1823 y 1828, para el primero y en 1824 para el segundo, quisieron, desde el principio, distanciarse de las acciones populares. Distinguiendo el *pueblo* del *populacho*, reivindicaban para la burguesía la responsabilidad y el éxito de la Revolución, incluida la Convención, fabricando un mito patriótico burgués¹¹². Después de Termidor, la burguesía se endurece. Ya no oculta que los derechos del hombre son los del propietario. “Debéis garantizar, por fin, la propiedad del rico”, declara Boissy d’Anglas en su discurso preliminar al proyecto de constitución¹¹³.

En el capítulo del Terror, autoras como Madame de Staël, como remarca Mona Ozouf, se dejan ganar por “la elocuencia de la indignación” y despachan el tema como si careciera de misterio y apenas fuera digno de análisis¹¹⁴. A diferencia de Staël o Benjamin Constant, los escritores socialistas vieron en 1793 el nacimiento del verdadero sentido de la Revolución. Para ellos, a partir de este momento la distancia comprendida entre la igualdad formal y la real se redujo drásticamente. Esto se dio gracias al cambio en el carácter del gobierno y al establecimiento del Estado como garantía de la igualdad real, mostrándola como fundamento previo e indispensable para poder alcanzar la libertad¹¹⁵. Es decir, era absurdo proclamar la libertad de los pueblos si no se había podido conseguir la igualdad entre individuos. La reivindicación de la igualdad se convirtió en el impulso esencial de las luchas revolucionarias de 1792 a 1795¹¹⁶. Porque debemos cuestionarnos, ¿a que llama libertad la burguesía?, Jacques Roux dice: “La libertad no es sino un vano fantasma cuando una clase de hombres puede imponer el hambre a otra impunemente. La igualdad no es sino un vano fantasma

¹¹⁰ Furet, F y Ozouf, M. (1989: 881).

¹¹¹ *Ídem*.

¹¹² Tulard, J, Fayard, J-F y Fierro, A. (1989: 1016).

¹¹³ Soboul, A. (1983a: 354).

¹¹⁴ Furet, F y Ozouf, M. (1989: 863).

¹¹⁵ Canterla González, C. (2009: 8).

¹¹⁶ Soboul, A. (1987b: 121).

cuando el rico mediante el monopolio ejerce el derecho de vida y de muerte sobre sus semejantes”¹¹⁷. En línea con esto, Babeuf escribe que la Revolución francesa es por esencia lucha de clases. Pero esta guerra de los ricos y de los pobres no existe solamente desde el momento en que es declarada ya que “es perpetua, comienza desde que las instituciones tienden a que unos cojan todo y a que nada quede para los demás ... Pero cuando se proclama la declaración, entonces la lucha se inicia vivamente y cada una de ambas partes emplea todos los medios para conseguir el triunfo”¹¹⁸. Como vemos, rápidamente, la historiografía liberal se vio desbordada por una literatura más radical, en particular con la publicación de las *Mémoires* apócrifas de Robespierre (1830) y de la *Conspiration de Babeuf* (1829), por Bounarroti. Bajo la monarquía de Julio (Luis Felipe de Orleans), mientras Thiers y Mignet, considerados como los historiográficos oficiales de Francia, distinguen una buena revolución, la de 1789, y una mala, la de 1793, los autores denominados como “radicales” y socialistas: Carrel, Marrast, Raspail, G. Cavaignac, Buchez y Laponneraye exaltan 1793 en detrimento de 1789¹¹⁹. Y es que, los socialistas, desde Louis Blanc, parecían no mostrar interés alguno por la historia de la Revolución “burguesa” de 1789¹²⁰.

Michelet se desmarca de los intelectuales de su época y muestra una originalidad certera en su obra publicada entre 1847 y 1853. Sus escritos se levantan en contra del fatalismo que aparece en Thiers e imputa el Terror a un fatal encadenamiento de las circunstancias, en contra de la visión socialista anacrónica de Buchez y Louis Blanc, que “han querido imponer a la Revolución de 1789 el carácter socialista de los tiempos posteriores”. Para Jules Michelet, la verdadera revolución es la de la libertad, la de 1789, “la época humana y benevolente”, mientras que en 1793 una secta eliminó a la nación¹²¹. Como vemos, Michelet, compartiendo orientación con Madame Staël o Alexis de Tocqueville, divide la Revolución Francesa en dos e intenta distanciarse de la explosión revolucionaria que venía desde abajo, desde el pueblo, de alguna forma, haciendo esto, lo demonizan, para así, levantar en frente la figura del incorruptible burgués. Para Michelet el Terror fue un producto no solo propio de circunstancias extraordinarias, sino también del fanatismo jacobino¹²². Antes de 1791, la demonización estaba relacionada principalmente con los ataques entre patriotas y aristócratas,

¹¹⁷ Soboul, A. (1987b: 124).

¹¹⁸ *Ibidem*, p.16.

¹¹⁹ Tulard, J, Fayard, J-F y Fierro, A. (1989: 1016).

¹²⁰ *Ibidem*, p.1020.

¹²¹ *Ibidem*, p.1017.

¹²² Furet, F y Ozouf, M. (1989: 846).

revolucionarios y contrarrevolucionarios. Pero en el transcurso de la nueva Asamblea Legislativa, los patriotas empezaron a utilizar un lenguaje cada vez más maniqueo cuando se referían a las facciones rivales, el cual se trasladará a la historiografía. De hecho, el odio inflamado y la violencia verbal de los primeros años de la Revolución, nacidos de una cultura del miedo, el rumor y la denuncia y también de una amenaza genuina de contrarrevolución, anticiparían y ayudarían a promover la psicología del Terror¹²³.

“En el 93 el pueblo se ha encerrado en sí mismo y antes de que termine el año habrá que pagarle un salario para que vuelva a las acciones...” A través del Comité de Salvación Pública y la Sociedad de los Jacobinos, el club sustituye a una Revolución que ha perdido su resorte popular, al mismo tiempo que una ortodoxia política suplanta la libertad. Este magisterio ideológico ejercido por un aparato dotado de una disciplina militar conduce rápidamente a la dictadura de un hombre y al Terror ejercido desde las alturas sobre la Revolución¹²⁴. Esta argumentación refuta la interpretación simplista del Terror, que lo hace fruto únicamente de las circunstancias (explicación común en Mignet y Louis Blanc) y la idea de Edgar Quinet, que explica el Terror como un resurgimiento del absolutismo en el seno de la Revolución. A diferencia de Michelet, que inaugura una visión muy avanzada a su época de los riesgos que conlleva la confiscación del poder democrático por cualquier oligarquía en nombre del pueblo¹²⁵, Edgar Quinet juzgó el mecanismo y la dinámica del terror como “el resorte que surge del inexorable choque entre la vieja y la nueva Francia”, algo que provocó “corrientes eléctricas opuestas propiciadoras de rayos y truenos eternos”. El enfrentamiento se convirtió, al no haber ningún bando dispuesto “a capitular”, en un círculo vicioso de “terribles represalias” con “ánimo de exterminio”, aunque en sus palabras “era casi siempre la vieja Francia la que provocaba a la nueva”. A su parecer, una sucesión y acumulación de provocaciones y amenazas provocaron ineluctablemente represalias que solo tiempo después fueron percibidas y modeladas “como parte de un sistema”¹²⁶. Furet también vuelve sobre la anteriormente aludida teoría de las circunstancias para rebatirla, y, citando al propio Quinet escribe: “No es la necesidad de las cosas la que ha creado el sistema del terror. Son las falsas ideas”, hablando en su propio nombre acaba

¹²³ Tackett, T. (2015: 172).

¹²⁴ Furet, F y Ozouf, M. (1989: 846).

¹²⁵ *Ídem*.

¹²⁶ Arno J. Mayer. (2014: 127).

diciendo que “la verdad es que el terror forma parte de la ideología revolucionaria”¹²⁷. Desde la óptica revisionista, el discípulo de Furet, Patrice Guéniffey, entiende el Terror como el desarrollo de una violencia orgánica, cambiante en las formas y mecanismos institucionales, pero consustancial a la revolución. La ideología revolucionaria, para la escuela furetiana factor determinante en el desarrollo revolucionario, es para Guéniffey un arma elaborada y desplegada por los actores revolucionarios para sus propios fines. Otros autores anglosajones, mantienen versiones distintas. Así el norteamericano Dan Edelstein, que se apoya en una argumentación ideológica que considera el terror un medio de imponer la Ilustración y la tradición de la ley natural, o el historiador británico David Andress que, desde una nueva “vuelta a los acontecimientos”, defiende que, sobre la base de la realidad histórica del momento, se conjugaron la radicalidad ideológica y los ataques de pánico, por un lado, con la fría manipulación de la venganza en la lucha por el poder. Ninguno de ellos termina de demostrar si fue la lógica del discurso, el miedo a la guerra exterior, el pánico generado por la guerra civil o los complotos reales o imaginarios lo que genera el terror¹²⁸.

En el siglo XX, la izquierda con Vovelle, director de *l'Institut d'Histoire de la Révolution française* de París y presidente de la Comisión de Investigación histórica para el bicentenario de la Revolución Francesa, como cabeza de fila, mantiene la tradición marxista. Entienden la Revolución francesa como revolución social y defienden, con matices, el jacobinismo y el Terror revolucionario¹²⁹. Esta historiografía clásica de la revolución reúne a los historiadores denominados como “precursores” y que no son sino los que estuvieron al frente de la cátedra de historia de la Revolución francesa de la Sorbona: Alphonse Aulard, Philippe Sagnac, Albert Mathiez, Georges Lefebvre, Marcel Reinhart y Albert Soboul. A estos habría que agregar al propio Vovelle, que sustituyó a Soboul, no ya en la cátedra sino en ese otro bastión, *l'Institut d'Histoire de la Révolution française*, y a otros como Claude Mazauric. El análisis social, que largo tiempo tuvo hegemonía absoluta, no recibió con agrado esa nueva interpretación de la Revolución francesa, cuya figura clave fue François Furet con su *Penser la Révolution française*. Esta obra, en palabras de Mona Ozouf, fue un aerolito caído sin aviso sobre los jardines de los historiadores¹³⁰. *Penser la Révolution française* provocó el inicio de la demolición del discurso marxista-leninista, encabezado por

¹²⁷ Vovelle, M. (1990).

¹²⁸ Vázquez de Prada, M. (2015: 537).

¹²⁹ Morales Moya, A. (1995: 206).

¹³⁰ Cárdenas Ayala, E. (2008: 44).

Lefebvre, en torno al cual, según Furet, se había terminado enterrando la lectura de la Revolución a lo largo del siglo XX¹³¹. Y es que, para historiadores como el propio Furet o Edgar Quinet, el Terror no es el resultado de una situación excepcional, admirable por ese motivo o por lo menos justificada, como la adaptación de los medios a un fin; al contrario, es el producto de la Revolución misma, bajo su forma jacobina, la recuperación inédita, pero no necesaria, de la tradición absolutista por el espíritu revolucionario¹³². Lo condenable, lo absurdo en el Terror, a ojos de Quinet no es la violencia. Porque la violencia teje la historia de los hombres desde el origen, y es también la partera del progreso. Lutero y Calvino no pusieron fin a la Edad Media mediante homilías pacíficas. Lo que Quinet reprocha al Terror no es tanto su violencia cuanto que su ausencia de sentido es un procedimiento de exterminio que funciona en el vacío y que no tiene más finalidad que la muerte de los individuos sacrificados al Estado. En esta medida hace revivir al modo revolucionario la tradición absolutista. Porque la guillotina no sólo no abre el futuro, sino que reintroduce el pasado. En definitiva, para él, Robespierre no es Moisés ni Calvino, es Richelieu¹³³. El Terror es contradictorio con la Revolución en la medida misma en que la tolerancia es una consecuencia de la libertad. Al instaurar un sistema de coacción política y de exterminio físico, los revolucionarios recurrieron a un derecho antiguo en nombre de una idea moderna, puesto que niegan y reconocen a la vez el derecho de sus enemigos. En Quinet, el Terror es un resorte inseparable de los regímenes monárquicos y aristocráticos; por tanto, tiene raíces más antiguas que el absolutismo francés, exactamente lo mismo que éste salió de la tradición romana. El Terror es incompatible con la democracia moderna. Al no batirse por crear la civilización del futuro, los revolucionarios franceses toman prestados sus medios al pasado¹³⁴.

Por el contrario, autores como Maquiavelo y Bodin consideraron la violencia política como un instrumento adecuado para facilitar la gobernabilidad mediante la represión e incluso para el exterminio de los enemigos políticos, aunque no llegaron a denominarlo expresamente “terror”¹³⁵. A semejanza del concepto de *revolución*, el concepto de *terror político* tiene su propia historia. Maquiavelo consideró el terror como la estratagema esencial que usaban los gobernantes que pretendían establecer un nuevo

¹³¹ Tuñón De Lara, M. (2017: 40).

¹³² Furet, F y Ozouf, M. (1989: 855)

¹³³ *Ídem*.

¹³⁴ *Ídem*.

¹³⁵ Arno J. Mayer. (2014: 123).

régimen político. Si es necesario deben aniquilar físicamente a potenciales enemigos internos, en particular a los ligados al antiguo régimen, y no hacerlo supone firmar la sentencia de muerte de una organización política recién nacida. Además, el terror primario deja un residuo de temor latente que es principio e instrumento esencial del gobierno cotidiano. Por supuesto, para Maquiavelo la violencia del terror es esencialmente algo pragmático: su éxito se mide por criterios de eficacia política basada en la *virtú*, y no tanto por arquetipos ideológicos¹³⁶. En línea con Maquiavelo y Robespierre, el marqués de Condorcet evitó condenar las masacres. El 4 de septiembre después de que la Asamblea hubiera recibido detalles sobre las “sangrientas escenas de las prisiones”, escribía en su periódico que “estamos echando el telón sobre unos hechos cuya escala y consecuencias son difíciles de evaluar en este momento”¹³⁷. Para ellos el Terror no formaba parte de la Revolución, sino que era una herramienta externa, a partir de la cual se podía consolidar la libertad de los pueblos. Esta violencia no es gratuita, sino que tiene un objetivo político y un contenido de clase; es el arma a la que la resistencia de la aristocracia obliga a recurrir a los sans-coulottes. El pedagogo Moussard, detenido el 5 *prairial* del año III. “He podido entusiasmarme”, escribe en su memoria justificativa, “¿Quién no comete errores en una revolución? (...) Soy un exaltado, se dice: sí, la pasión por el bien me abrasa, tengo el delirio de la libertad y estaré siempre en efervescencia contra los enemigos de mi Patria”¹³⁸.

Desde la perspectiva que da el tiempo, Francois Furet no veía el Terror como un instrumento al estilo de Bodin y Maquiavelo, sino como parte de la Revolución, estaba dentro de ella y no se podían separar. Vamos a ver como estas opiniones encontradas van a dar nacimiento a un potente debate historiográfico, el cual llevamos anticipando continuamente en este trabajo académico, ¿es el Terror parte de la Revolución Francesa? Aparte de esta controversia, actualmente, también sigue abierta la cuestión de saber si la Revolución termina con el Directorio. Michelet consideraba la caída de Robespierre como la ruptura más importante mientras que, Daniel Guérin, fecha el final de la Revolución el 4 de diciembre de 1793, con la eliminación de los *bras nus* (clubes de la Revolución Francesa). Otros como Aulard y Soboul prolongan el final de la Revolución hasta la desaparición formal de la terminología republicana en 1804¹³⁹. Jean-Marie Benoist rechaza la celebración en bloque de la Revolución. También, para

¹³⁶ Arno J. Mayer. (2014: 122).

¹³⁷ *Ibidem*, p. 209.

¹³⁸ Soboul, A. (1987c: 155).

¹³⁹ Tulard, J, Fayard, J-F y Fierro, A. (1989: 1040).

él, hay que trazar una infranqueable línea de separación entre el humanismo, fundado en las luces, de la Declaración de 1789, y la desviación sangrienta que se inicia en 1791 y culmina en 1792 y 1793¹⁴⁰.

¿Cuándo concluyó la Revolución francesa? La respuesta más habitual a esta pregunta consiste en situar su momento final en la fecha del 18 o 19 brumario del año VIII, en que Napoleón Bonaparte dio el golpe de estado que le permitió nombrarse primer cónsul y puso fin a la República¹⁴¹. Sin embargo, Soboul piensa que la Revolución de 1789 no concluyó realmente más que en 1830, cuando, al llevar al poder a un rey que aceptaba sus principios, la burguesía tomó posesión de Francia definitivamente¹⁴². Otros como François Furet inician la Revolución con las reformas de Turgot en 1774 y no la concluye hasta 1880. Con Gambetta y Jules Ferry, la República se consolida y una nueva legislación seculariza Francia¹⁴³. La mayoría de los autores del siglo XIX fechan el fin de la Revolución con la caída de Robespierre, sin embargo, ahora sabemos que, los sucesos de Termidor, con la purga y ejecución de “el Incorruptible”, no pusieron fin a la violencia revolucionaria. Y es que, acabar una revolución debe ser tan difícil como iniciarla¹⁴⁴. La larga sombra de la Revolución, los conflictivos legados de la reforma social y la reacción represiva, de republicanismo y autoritarismo, de sueños utópicos y miedos conservadores continuarían dividiendo a la nación en los siglos XIX y XX¹⁴⁵. A pesar de esta continua pugna que no parará de debilitar las estructuras de la vieja monarquía francesa, en algunos aspectos cruciales el viejo régimen persistió en Europa hasta 1914, en algunos países hasta 1945, esto, lo hizo en buena medida por su notable recuperación desde la tormentosa época de la Revolución francesa. Ciertamente hasta 1830, con el ascenso de los bajos fondos de la ciudad y el campo, la era de la restauración fue un tiempo de reacción política al rehabilitarse el principio y la práctica del reinado sagrado y hereditario¹⁴⁶ “tirando por tierra”, en cierta manera, muchos de los logros que habían surgido tras la Revolución francesa y el Terror.

¹⁴⁰ Morales Moya, A. (1995: 206).

¹⁴¹ Fontana, J. (1995:104).

¹⁴² Soboul, A. (1987b: 67).

¹⁴³ Morales Moya, A. (1995: 197).

¹⁴⁴ Tackett, T. (2015: 409).

¹⁴⁵ *Ídem*.

¹⁴⁶ Arno J. Mayer. (2014: 671).

8. CONCLUSIONES

Podemos definir la Revolución francesa como acontecimiento-traumatismo que alimentó el rencor, pero también la esperanza: el selectivo silencio historiográfico que se hizo sobre toda una parte de su obra o, simplemente, de su realidad no impidió su trabajo de zapa en la memoria colectiva¹⁴⁷. En palabras de Michelet: “Llama, ¿cómo debiste ser, cuando tus cenizas queman todavía?”¹⁴⁸ 1789 no fue solamente el advenimiento de la libertad garantizada por un gobierno constitucional, significó también el inicio de la igualdad ante la ley, sin la cual la libertad no sería más que otro privilegio en provecho de los notables. Para los franceses de 1789 la libertad y la igualdad eran inseparables¹⁴⁹. De 1789 a 1793, la Revolución no se afirmó solamente como revolución de la libertad sino también como revolución de la igualdad. El carácter y la significación de los derechos cambió radicalmente: de liberal y moderado en el sentido burgués de estas palabras, a demócrata y abierto en el sentido jacobino. Se trataba, en este momento, de atraer al pueblo en torno a la burguesía revolucionaria y de la Convención, sin cederle el poder, por supuesto¹⁵⁰. Con la llegada del Terror ya no pudieron no cederle el poder a lo que la burguesía denominaba *populacho*, y es que podemos decir sin temor a fallar que los derechos que la burguesía constituyente había reconocido al hombre y al ciudadano hasta 1793 sólo eran los del hombre burgués; para la masa de ciudadanos solo se trataba de derechos abstractos y teóricos que no habían cambiado sus rutinas y obligaciones diarias ni su estatus social¹⁵¹. La reivindicación de la igualdad, debido a su certera originalidad y al hecho de que, en ciertos momentos, muy concretos, pudo ponerse en práctica, fue el impulso esencial e indispensable de las

¹⁴⁷ Vovelle, M. (1989: 287).

¹⁴⁸ Michelet, (*Historie de la Révolution française*), 1793.

¹⁴⁹ Soboul, A. (1987b: 119).

¹⁵⁰ *Ibidem*, p.83.

¹⁵¹ Soboul, A. (1983a: 353).

luchas revolucionarias de 1792 a 1795¹⁵², fue lo que “animó” a tantos y tantos desheredados y trabajadores a unirse a la Revolución francesa.

Durante el recorrido de este estudio, hemos podido observar como la Revolución real sólo cumple parcialmente las promesas de la Revolución ideal, continuamente envuelta en insuficiencias, conflictos y retrocesos. Dos ejemplos claros: los hombres del 89 redactan la famosa Declaración, pero instauran el sufragio censitario. Los del 93 decretan el sufragio universal, pero establecen la dictadura y el Terror¹⁵³. Por razones como esta, la Revolución francesa, salvo sorpresa, continuará siendo por muchos años la cuestión más debatida y controvertida de toda la historia de Francia. Tras el colapso y eclipse de los dos modelos marxista y revisionista como explicación de la Revolución, la historiografía ha tratado de avanzar, en las últimas décadas del siglo XX y primeras del siglo actual, en la búsqueda de nuevas vías de abordar su enorme complejidad para poder mirarla y estudiarla desde puntos de vista desconocidos hasta el momento.¹⁵⁴

En definitiva, quienes consideran que el mundo necesita ser cambiado para asegurar la libertad y el bienestar de todos los hombres, seguirán creyendo que la Revolución francesa fue un hito del progreso y un modelo a imitar para los hombres y mujeres del mañana. En cambio, quienes también comparten la idea de que un cambio es necesario, pero juzgan que toda transformación violenta y espontánea es peligrosa porque podría desequilibrar el statu quo, tenderán a minimizar los éxitos de la revolución y del Terror, mientras ensalzarán los de la vía reformista. Por último, quienes entienden que la sociedad está perfectamente conformada y no necesita ningún cambio, condenarán el proceso revolucionario, y en concreto el Terror, y lo definirán como una siniestra e inútil locura que costó miles de vidas humanas y la pérdida de valores que tendrían que haberse mantenido y conservado¹⁵⁵. Al historiador le toca establecer la verdad de estos hechos, por encima de cualquier polémica e ideología, que es aquello que cae bajo el dominio de la ciencia histórica, y le es lícito explicar y defender sus interpretaciones con tal de que no mezcle y confunda lo que es modelo interpretativo plausible y, menos aún, con lo que es juicio de valor fundado en sus propias concepciones sobre la sociedad y sobre el hombre. Está obligado a contar “la verdad” de los hechos, y

¹⁵² Soboul, A. (1983a: 121).

¹⁵³ Furet, F y Ozouf, M. (1989: 803).

¹⁵⁴ Vázquez de Prada, M. (2015: 540).

¹⁵⁵ Fontana, J. (1995: 106).

proporcionar a la población herramientas para que puedan entender los términos del debate científico, para que, a partir de ahí, cada uno acabe juzgando los sucesos revolucionarios en función de su ideología y valores¹⁵⁶.

En mi opinión, y, para terminar, tras haber leído varias veces este trabajo académico me queda la sensación de que la Revolución no hubiera tenido la misma relevancia histórica sin el Terror. Ya solo por la cantidad ingente de publicaciones que hay acerca de este tema, uno se da cuenta de la importancia que tuvo y tiene, y lo que significó para la vida de millones de personas. No sé hasta qué punto, el Terror, parte la Revolución en dos partes, lo que sí creo saber es que no hay una parte buena y otra mala. Dividirlo de esta forma significaría simplificar el proceso revolucionario hasta el extremo, y nos haría olvidarnos o quitarles importancia a ciertos aspectos. No hay que reducir la Revolución francesa a que con ella termina la Edad Moderna y se inicia la Edad Contemporánea, hay que buscar los motivos que llevan a esta transición. Y una de las razones por las que se da este cambio, es por la demanda de conceptos desconocidos hasta el momento, como el de la igualdad. Fue durante el Terror cuando se dio un impulso decisivo para intentar alcanzar lo que significaba esta idea, la cual, ha tenido una significación e influencia radical en la historia de la Humanidad. Es por esto por lo que no hay que hacer esfuerzos por olvidar el Terror, por muy sangriento y polémico que fuera, hay que analizarlo, diseccionarlo e intentar entenderlo porque de él se desprenden lecciones válidas y originales que nos harán avanzar en nuestro camino y nos ayudarán a entender mejor, tanto la propia Revolución francesa y todo lo que le rodea, como nuestro mundo.

¹⁵⁶ Fontana, J. (1995: 109).

9. BIBLIOGRAFÍA

- ARASSE, D. (1989), *La Guillotina y la Figuración del Terror*, Barcelona, España. Editorial Labor 1989.
- ARENDRT, H. (1965), *On Revolution*, Nueva York, Editorial Viking.
- ARNO J. Mayer. (2014), *Las Furias. Violencia y terror en las revoluciones francesa y rusa*, Zaragoza, España. Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2014.
- BIEN, D. D. (1990), “Francois Furet, the Terror, and 1789”. *French Historical Studies*, 16(4), 777. <https://doi.org/10.2307/286320>.
- BURKE, E. (1989), *Reflexiones sobre la Revolución Francesa [1790]*, Madrid, España. Editorial Rialp, S.A.
- CANTERLA González, C. (2009). “Violencia, terror y poder razonable en Burke, Paine y Herder”. *Daimon Revista Internacional De Filosofía*, (47), 7-26. Recuperado a partir de <https://revistas.um.es/daimon/article/view/97391>.
- CÁRDENAS Ayala, E. (2008), “La fuerza del bicentenario: notas en torno al caso francés”. *Revista de Historia Iberoamericana*. <https://doi.org/10.3232/RHI.2008.V1.N1.02>.
- CHUST, Manuel. (2017), *De Revoluciones, Guerra Fría y muros historiográficos: acerca de la obra de Manfred Kossok*, Zaragoza : Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2017.
- DEL RÍO, R. (2009), “Historias de la Revolución Francesa: Avances científicos y visiones ideológicas en los siglos XIX y XX”. *HMiC: història moderna i contemporània*. Recuperado de <https://www.raco.cat/index.php/HMiC/article/view/140752>.
- FONTANA, J. (1995), *Historia Universal Planeta 10) La época de las Revoluciones*, Barcelona, España. Editorial Planeta.
- FURET, F. (1980), *Pensar la Revolución Francesa [1978]*, Madrid, España. Ed.Petrel.
- FURET, F y OZOUF, M. (1989), *Diccionario de la Revolución Francesa [1988]*, Alianza Editorial Madrid.
- GEORGE Frazer, J. (2015), *The Belief in Immortality and the Worship of the Dead*, Palala Press 2015, London.

- MARTIN, J.C. (2013), *La Revolución Francesa. Una Nueva Historia* [2012], Editorial Crítica, Barcelona.
- MORALES Moya, A. (1995). “Conmemorando la Revolución Francesa.” *Disparidades. Revista de Antropología CSIC*. Recuperado de <http://dra.revistas.csic.es/index.php/dra>.
- PÉRONNET, M. (1985), *Vocabulario Básico de la Revolución Francesa*. Barcelona, España. Editorial Crítica.
- RÚJULA, P. (1998), *Contrarrevolución: Realismo y Carlismo en Aragón y el Maestrazgo, 1820-1840*. Zaragoza, España. Prensas de la Universidad de Zaragoza, 1998.
- SOBOUL, A. (1983a), *Comprender la Revolución Francesa*. Barcelona, España. Editorial Crítica.
- SOBOUL, A. (1987b), *La Revolución Francesa: Principios ideológicos y Protagonistas Colectivos*. Barcelona, España. Editorial Crítica.
- SOBOUL, A. (1987c), *Los sans – culottes. Movimiento popular y gobierno revolucionario*. Madrid, España, Alianza Editorial, Madrid.
- TACKETT, T. (2015), *El Terror en la Revolución Francesa*. Barcelona, España. Ed. Pasado y Presente.
- TULARD, J, FAYARD, J-F y FIERRO, A. (1989), *Historia y Diccionario de la Revolución Francesa [1988]*. Madrid, España. Ediciones Cátedra, S.A.
- TUÑÓN De Lara, M. (2017), “Le faux malheur séculaire de l’Espagne”, *Bulletin d’Histoire Contemporaine de l’Espagne*, 52 | 2017, mis en ligne le 09 octobre 2018
- VÁZQUEZ DE PRADA, M. (2015). “A vueltas con la Revolución Francesa. Viejos debates y nuevas propuestas.” *Historia Contemporánea*, (51), 509-541. <https://doi.org/10.1387/hc.14722>.
- VOVELLE, M. (1989), *La Mentalidad Revolucionaria* [1986]. París, Francia. Editorial Crítica.
- Diccionario Larousse Ilustrado* (1997), Larousse Editorial S. A, Barcelona, España.